

Ricardo Melgar Bao (2014). *Los símbolos de la modernidad alternativa: Montalvo, Martí, Rodó, González Prada, y Flores Magón*. México, Sociedad Cooperativa del Taller Abierto/Grupo Académico La Feria.

Esta pequeña pero estimulante obra recibió el Premio Pensamiento de América Leopoldo Zea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) en febrero de 2016. Se trata de un ensayo que confirma la originalidad, madurez y compromiso intelectual de su autor. Me refiero a Ricardo Melgar Bao (Lima, 1946), cuya mirada crítica nos permite, como lo deja entrever la metáfora de su portada, un proceso de *rattrapage* intelectual de los símbolos de una “modernidad alternativa” en cinco pensadores icónicos de fines del siglo XIX y principios del XX: Montalvo, de Ecuador; Martí, de Cuba; Rodó, de Uruguay; González Prada, de Perú; y Flores Magón, de México, en una revisión planteada desde un *locus* nuestroamericano “cuyo norte es el sur”.

Melgar Bao revisa a estos autores desde una perspectiva interdisciplinaria, en el cruce entre literatura, antropología e historia, bajo una metodología comparativa, con el propósito de explorar en dichas narrativas la autonomía del símbolo frente a la idea y los conceptos ordenadores de la realidad. El argumento principal parte de la antropología simbólica, donde el sentido y la significación de las ideologías se trazan sobre los objetos y los conceptos, concepción semiótica introducida por Turner y Geertz. Melgar Bao toma distancia de ellos a partir de una mirada que se nutre también de la filosofía y la historia de las ideas nuestroamericanas. Como explica en la introducción:

El análisis del símbolo, por su textura polisémica, su carga emocional y su opacidad hermética, demanda a través de la palabra su *traducción*, la

cual opaca como un puente en la zona liminar del sentido de cara a las ideas filosóficas o políticas de un pensador en su contexto histórico-cultural. A partir de aquí, apreciamos su contradictorio enlace con las coordinadas argumentativas del pensamiento del autor, así como de quienes fueron sus adherentes o continuadores. Aceptar que el símbolo fuerza, como la idea fuerza, posee un sustrato histórico cultural y un atributo relacional, nos permite comprender y caracterizar a la red intelectual o política (2014: 13).

En cada uno de sus capítulos, el libro analiza a los autores mencionados ubicándolos en el periodo en que todos ellos desarrollan su pensamiento y sus utopologías, que va de la Segunda Revolución Industrial a la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, clasifica sus narrativas y estilos —atendiendo a su obra literaria, sus ensayos y artículos periodísticos—, en contrapunteo con sus viajes entre América y Europa y su contacto con otras atmósferas de pensamiento. Después de una breve reseña biográfica, vertebra el pensamiento de cada autor con la interpretación de los símbolos libertarios que utilizan, bajo el argumento de que un “símbolo-dominante” posee mayor eficacia política que la ostentada por las llamadas “idea-fuerza” (19).

Inicia el itinerario intelectual con Juan Montalvo y sus obras, principalmente *Las Catilinas*, en diálogo con otras como *El cosmopolita* y *La dictadura perpetua*. La oscuridad y escatología dominante de los presidentes y dictadores en turno en Ecuador son figuradas mediante el símbolo del cíclope, gigante endemoniado que se alza contra el pueblo. Éste es atacado con valentía por la fina pluma de Montalvo, no sólo ideológicamente, sino simbólicamente, a través de la figuración de un cíclope libertario que se enfrenta a una guerra de dioses. El escritor afirma que tiranos y dictadores, “[...] todos caen, si ese gigante [cíclope libertario] levanta su martillo. El pueblo es un cíclope; suda a torrentes en su inmensa fragua, pero está forjando las armas de los dioses” (37).

El segundo autor revisado es José Martí con sus obras *Nuestra América* y *Madre América*, entre otras. Una vez que la revisión indica las marcas y fronteras culturales de su tiempo, Melgar Bao recupera las líneas más valiosas del pensamiento martiano por medio de la revisión

de los símbolos del gigante y las “botas de siete leguas”, que para él significan la Revolución cubana y el imperio norteamericano respectivamente. Asimismo analiza el ferrocarril y el navío de guerra en cuanto símbolos imperialistas. Culmina con un bestiario figurativo en donde se dibujan leones y tigres, que corresponden a los imperios norteamericano y español, con la guerra entre ambas potencias como telón de fondo; y en oposición, los gigantes americanos, que simbolizan a esa región que “ha de salvarse con sus indios y va de menos a más” (63).

José Enrique Rodó es explorado a través de su obra más conocida, *Ariel*, que se entreteje con la mitología de Calibán, Ariel y Próspero, y cuya interpretación se sitúa en el contexto de la guerra hispanoamericana. El símbolo estatutario de *Ariel* ayuda a pensar las dos Américas, desde un tejer y destejer ubicado en Montevideo. Después de un recorrido simbólico por el mundo mítico griego, el autor concluye, siguiendo a Rodríguez Monegal, que *Ariel* es el “culto perseverante del porvenir” (78). En un delicioso recorrido de esta obra estatutaria y de las influencias de su pensamiento en el anarquismo, Melgar Bao caracteriza a Ariel como un símbolo libertario (90).

Quizás el autor al que Melgar Bao dedica un análisis más detenido sea su compatriota Manuel González Prada, a quien ubica como un liberal republicano anticlerical que transita al anarquismo tras su estancia europea. González Prada critica la ciudad, la civilización y el colonialismo que la modernidad europea está imprimiendo sobre la modernidad americana. González Prada ubica a la capital del Perú como un símbolo negativo respecto del mundo rural y provinciano. En varias de sus obras, como *Páginas libres* y *Horas de lucha*, asevera que Lima es un cadáver o una ciudad enferma, y manifiesta la influencia que en sus páginas tiene el positivismo, el romanticismo de Víctor Hugo y el anarquismo de Reclus y Kropotkin. El análisis concluye de la siguiente manera:

González va hilvanando una lectura de América del Sur, apoyándose en su heterodoxa apropiación del pensamiento evolucionista, positivista y anarquista, pero sobre todo en el ideario bolivariano. Nuestro pensador recusó las oposiciones entre barbarie y civilización; es más, las re-simbolizó. Siguió su patrón afín a la radical de los escritores modernistas

solidarios con la nación, la América del sur y las plebes oprimidas y expoliadas. De igual forma concedía espacio a los determinismos geográficos, raciales, psicológicos y económicos, aunque matizados por su voluntarismo (134).

Finalmente, y no por ello menos relevante, el libro presenta un análisis del pensamiento de Flores Magón, significativo para nosotros pues se trata no sólo de un acercamiento que propone una nueva mirada de la historia de las ideas en México, sino de una invitación a una lectura nuestroamericana de la obra y pensamiento magonista, que se fue gestando durante el porfirismo mexicano, y que, sobre todo, maduró a través del contacto e influencia intelectual de autores europeos y americanos.

El análisis de Melgar Bao se centra en la caracterización que Flores Magón hace de la modernidad y el orden político mexicano, las identidades étnicas, los obreros y lo que él denomina las coordenadas temporespaciales subvertidas por el autor. Después de dar cuenta de su tiempo, su liderazgo en el Partido Liberal Mexicano y su quehacer en el periódico *Regeneración*, el autor se adentra en las figuras simbólicas utilizadas por el pensador mexicano. En el texto *El fusil*, Flores Magón se refiere al Winchester, que debe reemplazar a la simple pluma: pensar es hacer. Flores Magón resemantiza y resimboliza los símbolos del martirologio y la muerte para hacer notar su fuerza liberadora. Por la cercanía en su representación simbólica de la muerte, el pensador mexicano es comparado con José Guadalupe Posada, a pesar de que ambos creadores participen de posiciones políticas encontradas. Posada, predictatorial y porfirista, en cuya obra la muerte y la Catrina servían para apoyar al viejo orden, es contrastado con Flores Magón, quien pensaba crear un martirologio que diera identidad al Partido Liberal Mexicano. Para Flores Magón, la noche es un elemento liberador y de alta polaridad social donde el fuego representa la liberación: “El fuego nutre varios de sus símbolos-rostros: el incendio, la antorcha, la espada flamígera y el rayo los cuales cobran mayor eficacia gracias a sus expresiones nocturnas” (160).

En su epílogo, el autor concluye con una convincente argumentación sobre la relevancia de una lectura marxista del símbolo, dejando superado el asunto de la universalidad y relatividad de éste; gracias a los

aportes de la *Selva de los símbolos* de Turner, el autor finaliza su obra de la siguiente manera:

Nuestros intelectuales, en el curso de su producción simbólica asociada a su exposición de ideas y argumentos de tenor crítico y alternativo frente al viejo orden, enriquecieron la textura ideológica de sus escritos, más allá de que generasen en ellos algunas tensiones o fisuras discursivas. En todos y cada uno de nuestros pensadores analizados, podemos auscultar de alguna manera los signos de una época de transición y crisis de la cultura oligárquica. Fueron tiempos en que las ciudades, gracias su accidentado, pero afirmativo proceso de secularización, le imprimieron elementos de modernidad a los símbolos de su decorado urbano, así como a la vida cotidiana y extraordinaria de sus habitantes. Fueron años en que las clases subalternas urbanas comenzaron a dar pasos en favor de su participación ciudadana, la lectura de periódicos, folletos, opúsculos y algunos libros (166).

Recomiendo acompañar la lectura de esta obra con la de los libros y autores revisados. Se trata de un libro dirigido a un público culto, pero no necesariamente especializado, que se deleitará por la originalidad, plasticidad y fluidez del estilo del autor. El lector disfrutará ser transportado a un ambiente intelectual fecundo donde se gesta el pensamiento nuestroamericano y de liberación en América Latina y el Caribe.

CARLOS SALVADOR ORDÓÑEZ MAZARIEGOS